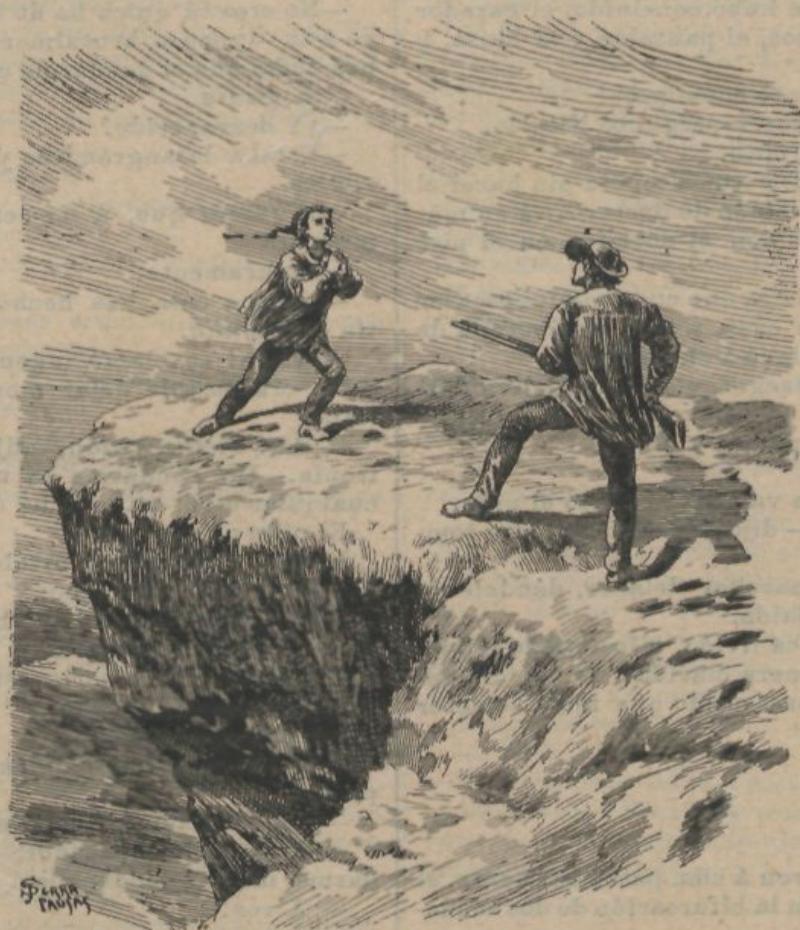


EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.ª SERIE ↔ BARCELONA, setembre de 1895 ↔ NÚMERO 51



—¡REZA, PORQUE VAS A MORIR! (Pág. 403)

MEMORIAS DE UN GENDARME

POR
PONSON DU TERRAIL

(Continuación)

—Gracias á mí,—respondió ingenuamente el niño.—Cuando yo llegué estaba desangrándose; pero le cuidé... puse nieve en el agujero que había hecho la bala, y luego le llevé á la choza de los leñadores: ¿sabéis?

Y Nicolás refirió á su padre, que se estremecía, lo que había hecho, lo que le había prometido el gendarme y cómo había acompañado á éste hasta la linde del bosque.

Dijo todo ello con sencillez, como hubiera referido la acción más insignificante del mundo.

Martín le oyó con la frente bañada en sudor.

Estaba descalzo, en camisa y pegado á la pared.

Durante la relación del niño, no le interrumpió; y cuando éste hubo concluido, el cazador se puso los zapatos, el pantalón y la blusa, y dijo:

—Está bien. Vente conmigo.

—¿A dónde vamos?—preguntó Nicolás.

—Ya lo verás pronto.

Tomó su morral y su escopeta sin hacer el menor ruido, por miedo de despertar á su mujer y á su hija que con él dormían en el piso bajo.

Luego abrió el arca que contenía las escasas provisiones de la casa, y sacó una botella de aguardiente que llevó á sus labios.

Bebió á largos tragos, como si quisiera darse valor.

Luego abrió la puerta y dijo:

—¡En marcha!

—Pero ¿a dónde vamos?—repitió el niño.

—Ya lo verás, —dijo Martín con aire sombrío.

Y le obligó á marchar delante, dándole un culatazo en la espalda.

El cazador estaba lívido, y los que le hubiesen visto á la primera claridad de un día nebuloso hubieran presentido que iba á cometer un nuevo crimen.

X

Cuando estuvieron á cien pasos de la casa, el padre se detuvo en la bifurcación de dos senderos.

El uno descendía hacia la llanura, costeando la orilla del pantano; el otro se internaba en el bosque.

—Por aquí,—dijo Martín, escogiendo este último.

Nicolás temblaba.

Su padre tenía una expresión siniestra.

El sendero que se internaba en el bosque

conducía á unas grandes rocas llenas de aberturas, en medio de las cuales crecían algunos desmedrados abetos.

Una de estas rocas llevaba un nombre extraño.

Se llamaba la roca del *Agujero de Satanás*.

La Soloña es pobre en leyendas.

Sin embargo, posee ésta.

La roca del Agujero de Satanás es una especie de pilón de azúcar, en cuya parte alta hay un agujero, un abismo, mejor dicho, de unos diez pies de orificio y una profundidad que jamás ha sido sondeada.

Los pastores que se acercan allí tiran piedras, y en vano prestan oído atento.

La piedra, al caer, no produce ningún ruido.

A veces se entretienen algunos en arrojar yerbas secas encendidas.

Las yerbas acaban por apagarse á más de cien pies de profundidad, sin que la mirada haya podido medir el fondo del abismo.

Hacia esta roca se dirigió Martín *la Anguila*.

Había cogido á su hijo por un brazo, temeroso de que se escapara.

—Pero ¿a dónde me lleváis, padre?—preguntó el niño con inquietud.

—No eres tú quien ha de interrogarme, sino yo á ti,—repuso brutalmente Martín.—¿Me has dicho que el gendarme estaba en el suelo?

—Sí, padre.

—¿Y desvanecido?

—Estaba desangrándose y tenía los ojos cerrados.

—Y ¿crees que, á no ser por ti, hubiera muerto?

—Seguramente.

—¡Buena cosa has hecho!—murmuró Martín *la Anguila*.

—¡Vaya!—exclamó ingenuamente Nicolás.

—No era posible dejar morir así á un cristiano.

—¡Ah! Tienes razón,—dijo el cazador con ironía.—Un gendarme es un cristiano como cualquier otro: así te lo ha dicho tu madre.

El niño no contestó.

Martín, cuyo rostro estaba cubierto de una palidez mortal, continuó:

—Está muy bien eso que has hecho, salvando la vida á un gendarme.

El niño tomó en serio estas palabras; pero su error no duró mucho.

El cazador añadió:

—¡Como que has condenado á muerte á tu padre!

—¡Oh!—exclamó Nicolás estremeciéndose.

—Sí,—repitió el cazador,—al salvar al gendarme, me has condenado á muerte.

—¡A vos!

—Sí: á mí.

—Pero ¡si el gendarme no dirá nada!

—¿Así lo crees?

—Me lo ha prometido.

—Pues te ha engañado.

—¡Oh! No,—repuso el niño.—Miguel Le grain es un hombre honrado.

—¡Ah! ¡Ah!

—Y lo que promete lo cumple.

—¡Vaya, vaya!—murmuró Martín *la Anguila*, con expresión de espantosa ironía.—¡Este muchacho ha nacido con la admiración del gendarme! ¡Es lástima detenerle en tan buen camino!

Y continuó arrastrando á su hijo en dirección á la roca del Agujero de Satanás.

—Pero ¿á dónde vamos, padre?—repitió Nicolás, que no podía menos de experimentar cierto vago terror.

—Voy á cazar al acecho.

—¡De día no se va á cazar al acecho!

—Te equivocas. ¡Andando!

Subíase á la cima de la roca por una especie de estrecho sendero, que recorría en zigzag la ladera. Al llegar á lo alto, hallábase una meseta, de una fanega próximamente de extensión. El abismo se abría en el centro.

Una vez en el sendero, Nicolás, cuyo esfuerzo aumentaba, no podía retroceder, pues su padre iba detrás de él y el camino no era lo bastante ancho para dejar paso á dos personas.

Además, siempre que el niño acortaba la marcha, recibía un culatazo que le obligaba á apresurarla.

Cuando estuvieron en la meseta, Martín abrió el morral y sacó una cuerda.

Esta, del grueso de un dedo, era la que llevaba siempre consigo para sujetar algún corzo muerto y cargárselo á las espaldas.

Púsese la escopeta en bandolera y dijo al niño:

—Presenta las manos.

—Pero... padre... ¿Qué queréis hacer?

Martín no respondió.

Cogió á su hijo, le derribó brutalmente y le ató las manos.

—Un hijo que hace traición á su padre merece tu suerte,—murmuró.

El niño adivinó vagamente que su padre trataba de deshacerse de él.

—Padre mío!—suplicó mientras el cazador le agarrotaba.—Tened piedad de mí!

—No hay piedad para el hijo que traiciona á su padre!

—Perdón! ¡Perdón!—repitió Nicolás.

—Ya que eres buen cristiano,—murmuró el cazador,—reza, porque vas á morir!

El niño lanzó un grito de angustia.

—El Agujero de Satanás es más discreto que tú,—añadió Martín;—guarda siempre lo que se le confía.

Y, echándose á cuestas al niño, que se agitaba en vano, corrió hacia el abismo, repitiendo con voz enronquecida por la embriaguez, pues había bebido más de la mitad del contenido de la botella de aguardiente:

—Pero ¡no quieres rezar!

Al llegar junto al agujero se detuvo y depositó su carga en tierra.

—Padre mío, mi buen padre, perdonadme!—suplicaba Nicolás.

—Nunca!—dijo el cazador.—Volverías á hacerme traición... Pero no quiero hacerte sufrir. Si te arrojo vivo en el abismo, ¡quién sabe cómo morirás! Prefiero matarte de un tiro y luego arrojarte.

Y Martín retrocedió lentamente algunos pasos, como se hubiera tratado de matar una liebre en su nido.

A pesar de sus ligaduras, pues el cazador le había atado los brazos y las piernas, Nicolás consiguió ponerse de rodillas.

El niño comprendía que el momento era solemne y que iba á morir.

—¡Adiós, madre mía!—murmuró.

Martín se echó á la cara la escopeta y puso el dedo en el gatillo.

—¡Adiós, Marieta!—añadió la criatura.

Pero á este nombre, que llegó á sus oídos como un grito vengador, Martín experimentó una conmoción eléctrica. La escopeta se le escapó de las manos y cayó al suelo.

El nombre de su hija, de aquella criatura ante la cual no hacía mucho que había temblado recordando su anterior crimen, acababa de salvar al hijo.

Por un instante permaneció inmóvil, atontado, con la mirada fija y la frente bañada en sudor.

Luego recobró la razón.

Sin recoger la escopeta, se dirigió á su hijo, que continuaba arrodillado, esperando la muerte, al borde del insombrable abismo.

Le desató y obligóle á ponerse en pie.

—Oye bien lo que voy á decirte,—dijo el cazador.—Has hablado de la Marieta y has hecho bien, porque, si no, ya estarías muerto. Ese nombre te ha salvado. No te mataré. Pero,—continuó con acento salvaje,—yo soy como los picadores de casa grande que educan cientos de perros en su jauría: cuando uno sale malo, le cuelgan de un árbol. Los buenos perros deben cazar por instinto, y á mí no me gustan los bastardos. El hijo de un cazador furtivo debe ser cazador furtivo, y á ti no te ha gustado nunca el oficio de tu padre. Tú quieres á los gendarmes... luego no eres mi hijo. ¡Vete!

Y, viendo que su hijo le dirigía aún una mirada suplicante, añadió:

—Vete á ganarte la vida á donde quieras, poco me importa; pero no vengas nunca á llamar á la puerta de mi casa, porque no se te abrirá. Y si se te ocurre entrar en el bosque, no te pongas nunca al alcance de mi escopeta, pues si yo hubiese bebido un poco, podría cazarte como á un conejo.

Luego extendió la mano y repitió:

—¡Vete! ¡Reniego de ti!

Y, recogiendo su escopeta, volvió la espalda al tembloroso Nicolás y tomó de nuevo el sendero que, bajando de lo alto de la roca, se internaba en el bosque.

XI

Nicolás permaneció durante largo rato en lo alto de la roca, inmóvil, mudo, con los cabellos erizados por el horror.

Vió á su padre bajar y desaparecer luego en el bosque.

Por un momento esperó que Martín *la An-*

guila se volvería y le haría señas de que fuera a reunirse con él.

Pero el cazador ni siquiera volvió la cabeza.

En su estrecho criterio y con su corazón pequeño, Martín pensaba que la sentencia de su hijo era justa. A sus ojos, salvar la vida a un gendarme era el mayor de los crímenes.

Nicolás, con esa maravillosa lucidez de espíritu que es propia de los niños, apreció su situación.

Estaba desterrado del hogar paterno.

Pero esto ¿no era un bien en vez de una desgracia? ¿No había pedido él cien veces que se le dejara ir lejos a ganarse la vida, pues le desagradaba el abominable oficio de su padre y de sus hermanos?

Pues no podía habersele presentado mejor ocasión de realizar sus deseos.

Y, sin embargo, Nicolás se echó a llorar.

Pensaba en su pobre madre, ciega, en su hermana, Marieta y en su hermano gemelo Santiaguillo.

Los niños aman a quien los ama.

Mateo y Martinillo siempre habían sido malos para él, y Martín le había educado con la mayor dureza, a causa de su aversión al oficio de cazador furtivo.

Pero Santiago, aunque participaba de los malos instintos de su familia, quería a Nicolás y era correspondido por éste.

No comer el pan de su casa era lo de menos para el niño, que ya encontraría el medio de ganárselo con su trabajo; pero la idea de partir sin ver a su madre, a su hermano y a su hermana, le desgarraba el corazón.

Nicolás, a pesar de su aspecto débil y enfermizo, tenía el corazón de hombre, y pronto tomó su partido.

—Los veré,—dijo,—aunque me mate mi padre!

Pasar un día sin comer no era cosa que le preocupaba mucho.

Permaneció todo el día echado sobre la roca, y desde aquel sitio elevado exploró los alrededores.

Cayó la tarde, el sol desapareció tras una cortina de nubarrones amarillos, y las campanas de la aldea vecina comenzaron a tocar, anunciando la fiesta del día siguiente, que, como sabemos, era Navidad.

Nicolás se dijo:

—Seguramente, la Marieta irá a la misa del Gallo con mi madre, y puede que Santiaguillo las acompañe. Mi padre, Mateo y Martinillo no van nunca. Entonces será ocasión...

Cuando la noche cerró por completo, el niño abandonó la roca y bajó al bosque.

Conocía un camino que iba recto a Salbris, sin pasar por las inmediaciones del pantano y de la casa de Martín la Anguila, y lo siguió.

Aquel camino pasaba por los campos de la granja de Juan Feru.

Nicolás tenía hambre, y, conforme se acercaba a la granja, pensó que Juan Feru era un hombre caritativo y no le negaría un pedazo de pan y un plato de sopa.

En consecuencia, fué a llamar a la puerta de la granja.

Los hijos de Juan Feru estaban en Salbris. La madre había ido a Romorantin a vender gansos, pues era sábado y, de consiguiente, día de mercado.

El mismo Juan Feru estaba ausente.

El labrador había ido a casa de uno de sus vecinos, que era castrador de toros, a fin de que fuese al día siguiente a desempeñar su oficio con dos de dichos animales que deseaba consagrarse a la labranza.

La Magdalena estaba completamente sola.

Hallábase sentada con tristeza ante el fuego, en el que hervía una enorme marmita, que debía contener la cena de la familia.

Sus ojos estaban encarnados de llorar, pues amaba a Martinillo, y su padre le había dicho que nunca consentiría en tal matrimonio.

Cuando vió entrar a Nicolás, avergonzado y tembloroso, temiendo que le pusieran a la puerta de la calle, la joven creyó que le llevaba algún recado de su hermano.

Magdalena era una muchacha terca; y cuanto más se empeñaban en separarla de Martinillo, más se obstinaba en unirse a él.

—¡Ah! ¿Eres tú, pequeño? —dijo.—¿Vienes de parte de tu hermano?

—No,—dijo Nicolás.—Hoy no le he visto.

—¡Dios mío! —exclamó Magdalena.—¿Le habrá pasado alguna desgracia?

—No,—dijo el niño.—Es que no vengo de casa.

—Pues ¿de dónde vienes?

—He estado en el bosque poniendo lazos,—repuso Nicolás con embarazo.

—Bueno,—dijo Magdalena,—pero no se lo digas a mi padre, porque te echará como echó ayer a Martinillo.

Nicolás se intimidó.

—¿No está aquí tu padre? —dijo.

—No; pero poco tardará en venir.

—Y ¿crees que me echará?

Al decir estas palabras, Nicolás lanzaba una mirada ávida a un enorme pan colocado sobre un arcón.

—No te quiere a ti ni a los tuyos,—dijo tristemente Magdalena,—sobre todo desde que se le ha puesto en la cabeza casarme con mi primo Francisco, el que está en el Val.

El niño continuaba mirando el pan y oyendo hervir la marmita, cuyo monótono son tenía para él infinita armonía.

Pero Magdalena estaba fija en su idea.

—No,—continuó,—no quiere que me case con Martinillo; pero él y yo estamos prometidos.

Luego añadió, mirando a Nicolás.

—¡Estás morado de frío! ¡Caliéntate!

—El tiempo es malo,—repuso Nicolás.

—Si creyera que mi padre no iba a tomarlo a mal,—dijo Magdalena,—te invitaría a cenar con nosotros. Pero os tiene a todos entre ojos.

—Gracias,—repuso Nicolás.—Pero dame un poco de pan: es todo lo que deseo.

Magdalena cogió el pan y cortó una gran rebanada. Luego abrió el arcón y sacó queso.

—Toma,—dijo.—Acaso esté muy seco el pan.

El niño se puso á comer con avidez.

—Deberías irte,—dijo entonces Magdalena.
—Tengo miedo de que vuelva mi padre. Pero si quieres hacerme un recado, te daré una moneda de plata de aguinaldo.

Y Magdalena, metiéndose la mano en el bolsillo, sacó un franco, que hizo brillar ante los ojos de Nicolás.

—No necesitas darme dinero para que te complazca,—dijo éste.

—No importa: toma.

—¡Ah!

—Y yo también.

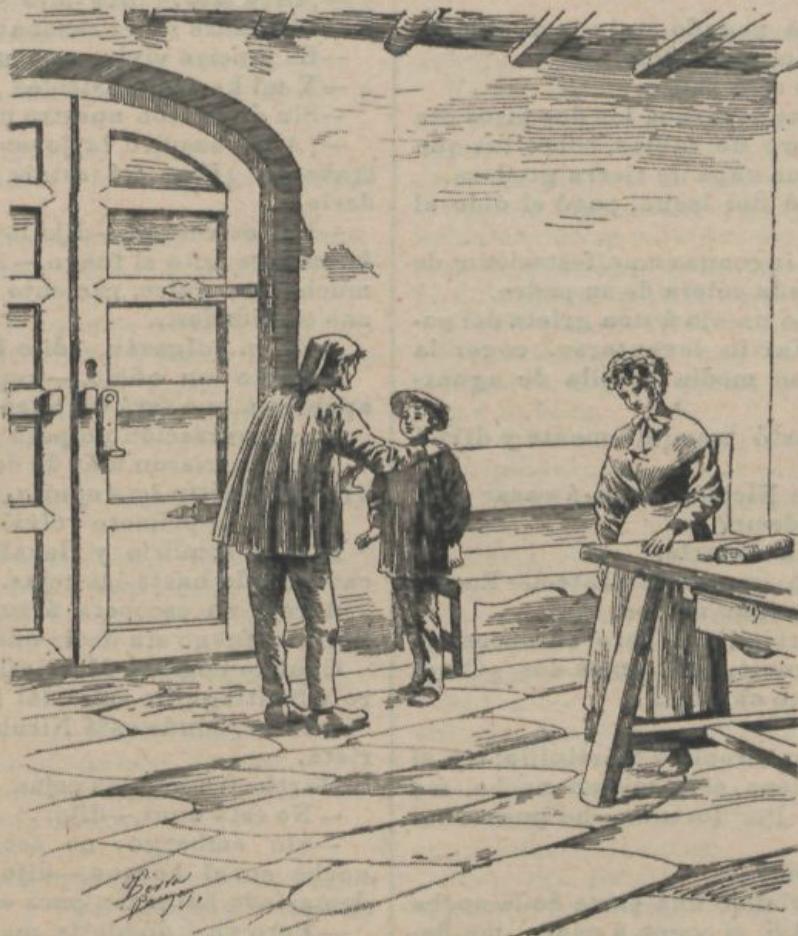
—¿Qué es lo que queréis hacer?—preguntó Nicolás.

—Nos escaparemos una hermosa noche, pasaremos el Loira, y entonces será preciso...

Y Magdalena presentó de nuevo la moneda al niño.

Este la rechazó.

—Lo que me propones,—dijo,—es tan malo como lo que quieres hacer, Magdalena. ¿No



—Eres un buen chico...

El niño vaciló y repuso:

—¿Qué hay que hacer?

—Ir á decir á Martinillo que, durante la misa del Gallo, le esperaré detrás de la iglesia, junto á la gendarmería.

Nicolás no alargó la mano ni cogió la moneda.

—Pero, Magdalena,—dijo,—me parece que es malo...

—¿Qué?

—Lo que quieras hacer.

—Es preciso que vea á Martinillo.

—No debes verle, supuesto que tu padre no lo quiere.

—Pero ¡si estamos prometidos!

—No lo estás, desde el momento en que tu padre lo ha dispuesto de otro modo.

—Es que Martinillo tiene su idea.

sabes tú que el buen Dios dice que no se debe desobedecer á los padres?

Apenas había pronunciado estas palabras, la puerta de la granja se abrió y entró Juan Feru.

Nicolás hizo un ademán de temor al verle entrar.

Pero Juan Feru se dirigió á él y le puso su ancha mano en el hombro.

—Muchacho,—dijo,—tengo el oído fino y te he escuchado. Eres un buen chico y me parece que vales más que tu padre y tus hermanos. Si quieres trabajar y ganar honradamente tu subsistencia, yo soy tu hombre.

—No deseo otra cosa,—dijo ingenuamente el niño.

—Pues bien: quédate aquí: te tomo para guardar las vacas. Luego ya veremos.

Y añadió, dirigiéndose á su hija:

—En cuanto á ti, Magdalena, prepárate para dejar esta casa. Te casarás antes del día de Reyes.

XII

Entretanto, en casa del cazador el día había sido malo.

Mateo y Martinillo, que dormían juntos en el piso superior, que no era otra cosa sino un miserable granero, habían oído entrar al pequeño Nicolás.

Martinillo había pegado su boca al oído de su hermano gemelo, diciéndole:

—Veamos qué le dirá padre.

El pavimento que separaba los dos pisos era un conjunto grosero de tablas, sobre las que se había parado una capa de tierra gredosa.

Martinillo se tiró del lecho, pegó el oído al suelo y escuchó.

Así pudo oír las ingenuas manifestaciones de Nicolás y la ahogada cólera de su padre.

Luego, aplicando un ojo á una grieta del pavimento, vió á Martín levantarse, coger la escopeta y beberse media botella de aguardiente.

Entonces se apartó tranquilamente y dijo á Mateo:

—Me parece que Nicolás lo va á pasar mal.

—¿Qué quieres decir?

—Que padre va á matarle.

—¡Bah!—repuso impasible Mateo.—En ese caso, habrá un haragán menos.

—Sí,—dijo Martinillo;—pero entonces, en vez de un mal negocio, tendremos dos. ¿Crees que el gendarme no charlará?

—¿Quién sabe!

—Ya está sabido,—replicó Martinillo;—y si no robo á Magdalena esta misma noche, me quedaré sin ella. Por fortuna, he puesto mi pellejo á cubierto.

—¿Qué has hecho?

—He estado hablando una parte de la noche con el sargento. Así, si cogen á padre, me dejarán en paz á mí.

Y Martinillo, volviéndose del lado izquierdo, ya no pensó en Nicolás, á quien, según él, iba á matar su padre.

Mateo era más curioso: levantóse sin hacer ruido, descendió y atravesó de puntillas el piso bajo. Las dos mujeres continuaban durmiendo. En cuanto á Santiago, que tenía por lecho el henil, estaba demasiado lejos para haber oído nada.

Mateo lanzó una mirada exploradora al rededor de la casa, y no tardó en dar con las huellas de su padre y de su hermano.

—¡Bueno!—pensó.—Ya sé á dónde van. No es tonto padre: va á arrojarle al Agujero de Satanás... ¡No hubiera sido malo que hubiese podido hacer lo mismo con el gendarme!

Tal fué la oración fúnebre que pronunciaron los dos hermanos sobre la entreabierta tumba de su hermano menor.

Mateo volvió á su casa, y cuando las mujeres se levantaron encendió fuego.

—¿Dónde está padre? —preguntó Marieta.

—¿Dónde quieras que esté?—repuso tranquilamente Mateo.—Hemos vendido de antemano toda nuestra caza: el pollero de Nonan va á venir esta mañana y no tenemos ni una mala liebre para nuestra cena de Nochebuena.

—¡Cómo! ¿Ha vuelto á cazar?

—¡Diablo! Es cosa de aprovechar la ocasión, ya que está abierto el *libro de los asnos*.

En el país se llama el libro de los asnos á la tierra cubierta de nieve que permite seguir la pista de la caza.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmuró Marieta.—Mi padre no es razonable.

—Es preciso vivir,—murmuró Mateo.

—Y mi hermano Nicolás ¿dónde está?

—Sin duda, con nuestro padre.

—¡Ah!—suspiró la joven.—A ése le gusta trabajar. ¿Por qué estás acabando de perderle?

—Eso es verdad,—dijo la pobre ciega yendo á sentarse ante el fuego.—Nicolás es un buen muchacho, dulce, paciente, con todas las buenas cualidades...

—Es un holgazán,—dijo Mateo.

—Dadle un oficio,—replicó Marieta,—y apuesto á que será un buen trabajador.

La conversación no pasó de aquí.

Transcurrieron más de dos horas y no volvían ni Martín la *Anguila*, ni su hijo Nicolás.

Por fin, el primero volvió solo.

Estaba sombrío y llevaba el sombrero encasquetaado hasta las cejas.

Arrojó su escopeta á un rincón y se sentó junto al fuego sin decir una sola palabra.

Cuando llegaba, Martinillo bajó del grane-ro y Santiaguillo salió del henil.

—Pero ¿dónde está Nicolás?—preguntó Marieta.

Martín frunció las cejas.

—No está aquí,—dijo.

—Sin embargo, no acostumbra pasar la noche en el bosque,—dijo Santiaguillo.—Es demasiado holgazán para eso.

—Pero va á dónde le mandan,—repuso con rudeza Martín.

—Y ¿á dónde le habéis enviado, padre?

—Lejos de aquí.

Martinillo y Mateo cambiaron una mirada que significaba:

—Tan lejos que no volverá jamás.

—Sin embargo, yo hubiera querido verle... Una vez al año me parece que no es mucho.

—Pues no volverás á verle,—dijo con dureza el cazador.

Luego, mirando á su hija de un modo menos feroz, añadió:

—Ya puede ofrecerte un buen cirio.

—¿A mí?—exclamó Marieta, admirada.

Mateo y Martinillo cambiaron una nueva mirada.

Una mirada llena de desprecio é ironía que significaba:

—Padre ha tenido miedo!

Martín añadió:

—Esos son asuntos míos, que no importan á nadie: ¿entendéis?

Luego, al ver que se servía la sopa, se puso á la mesa.

Pero en su actitud, en su inquieta fisonomía, en su palidez, adivinábbase que le oprimía una terrible angustia.

—¿Es que vamos á pasar aquí todo el día?—preguntó Santiaguillo, que no sabía nada de lo ocurrido la noche anterior.

—Sí,—dijo con dureza Martín *la Anguila*.

—Hoy es víspera de Navidad,—dijo Mateo.

—Día de descanso,—murmuró con fisga Martinillo.

—¡Si no me dejáis en paz, voy á hacer una sonada!—gritó el cazador.

Y amenazó á sus hijos con el puño.

Marieta le echó ambos brazos al cuello y dijo:

—Tranquilizaos, padre.

El cazador se calmó, y una lágrima rodó por su mejilla.

Puso á su hija sobre sus rodillas y la abrazó.

—Tú eres un ángel,—dijo,—y querría parecerme á ti.

Después, como si hubiera temido enternecerse, la rechazó con viveza y dijo á Santiago:

—Tú, cañamón, búscame la pipa!

Santiaguillo era un muchacho atrevido.

—Pero ¿no habéis visto al ciervo?—preguntó.

—No,—repuso Martín.—Había abandonado su guarida.

—¡Vaya!—exclamó el chico.—Cuando volví á casa, esperaba haberle encontrado.

Martín se encogió de hombros y salió á la puerta.

—Hoy todo son misterios en esta casa,—murmuró Santiago.

—¿Lo crees así?—dijo Martinillo.

—Y querría saber dónde está Nicolás.

—Ya te lo dirán cuando seas prudente,—repuso Mateo con feroz ironía.

Pasó el día.

Martín había dado orden formal á sus hijos de que no salieran, y todos permanecieron en casa, con gran asombro de Santiago.

Llegó la noche sin que volviera Nicolás.

—Pero ¿dónde está?—repitieron las dos mujeres.

—Vais á saberlo,—respondió Martín, cuyo rostro se serenaba á medida que transcurría el tiempo.—Le he enviado á la Motte-Beuvron á que me compre pólvora: ya sabéis que en el despacho de Salbris no quieren vendér-mela.

Fué preciso contentarse con esta explicación.

—Madre,—dijo Marieta;—querría ir á la misa del Gallo, como todos los años.

—Y yo también,—dijo la ciega.

—Es la misa de los cazadores furtivos,—dijo Martinillo.—También voy yo.

—¡Id al diablo!—exclamó Martín *la Anguila*, que durante todo el día había temblado como la hoja en el árbol, prestando oído al rumor del viento que barría la nieve, y creyendo siempre oír los pasos de los gendarmes que iban á prenderle.

Las dos mujeres se pusieron sus abrigos; Martinillo, la blusa, y los tres salieron. Pero cuando estuvieron á la altura de la granja de Juan Feru, Martinillo dijo á su hermana:

—Ya se ve el campanario; la noche es clara y no os hago falta.

—¿A dónde vas?—preguntó Marieta.

—Tengo que hacer,—repuso su hermano.

Y se separó bruscamente de las dos mujeres.

XIII

¿Qué había sido del gendarme, causa primordial de todos los acontecimientos?

Hemos seguido á Miguel Legrain, pues tal era su nombre, desde la choza de los leñadores hasta la linde del bosque, á la cual había llegado apoyándose en el hombro de Nicolás.

Cuando despidió á éste, el pobre soldado, que había cogido su carabina por el cañón, sirviéndose de ella como de un bastón, se vió obligado á detenerse más de veinte veces.

A cada paso le faltaban las fuerzas.

Sin embargo, de vez en cuando lograba agacharse, coger un puñado de nieve y llevárselo á la boca.

Por fortuna, Salbris estaba cerca, y la casa de la gendarmería era la primera del pueblo.

Al fin, al cabo de dos horas, moribundo, extenuado, llegó á la puerta de aquélla.

Salbris, aunque cabeza de partido, era entonces una pobre aldea, poco bulliciosa y cuya única calle estaba desierta desde las siete de la mañana, pues todo el mundo iba á trabajar al campo ó á los bosques.

Ahora bien: cuando llegó Miguel Legrain, era aproximadamente dicha hora.

Por un extraño azar, no había encontrado á nadie durante su penoso viaje.

El sargento no se hallaba en la casa y el tercer gendarme tampoco.

Sólo una persona esperaba con angustia, contando las horas y los minutos, desde la víspera por la noche.

Era la esposa de Miguel Legrain.

Ambos estaban casados desde hacía dos años y tenían una criatura.

La pobre mujer corrió al encuentro de su marido, vió sangre en el uniforme y lanzó un grito.

—Cállate, mujer, cállate!—dijo Miguel.

Y, apoyándose en ella, subió trabajosamente hasta su cuarto.

Luego añadió:

—Cierra la puerta y ayúdame á desnudarme.

La mujer lloraba, al mismo tiempo que obedecía á su marido, y murmuraba con entrecortado acento:

—¡Oh! Los canallas de los cazadores furtivos me han matado á mi marido.

—Cállate, mujer, cállate!—repitió éste, metiéndose en el lecho.—Ahora vas á hacer desaparecer esta sangre, pues no quiero que sepa nada el sargento. ¿Dónde está?

—Le he visto salir al rayar el día.

—¿Y Malaunay?—preguntó Miguel Legrain refiriéndose al otro gendarme.

—El alcalde le ha dado una carta para que la lleve al tribunal de Romorantin. Pero,—dijo la pobre mujer, limpiando con un lienzo blanco la herida de su esposo,—será preciso que vaya á buscar al Sr. Chipot.

Así se llamaba el médico.

—Sí,—dijo Miguel.—El Sr. Chipot es una buena persona, y si yo se lo ruego no dirá nada.

Y cuando su mujer se dispuso á partir, añadió:

—Ten cuidado de que no se te escape ni una palabra, si ves á la mujer de Malaunay ó á la del sargento.

La esposa de Miguel no comprendía por qué su marido quería guardar el secreto de su herida; pero le consideraba como un ser infinitamente superior á ella, y estaba acostumbrada á obedecerle ciegamente.

Corrió, pues, á casa del médico y le dijo:

—Sr. Chipot, venid corriendo. Tengo á mi hijo con convulsiones.

El médico era un buen anciano á quien la Providencia había sujetado á duras pruebas. Había perdido á su esposa y á sus tres hijos, y vivía completamente solo.

Consagrado por completo á su ministerio, al cuidado de aquella población llena de enfermos, donde vivía hacía más de cuarenta años, el buen doctor estaba siempre dispuesto á socorrerla, tanto de noche como de día.

Dió crédito á la mujer de Legrain, y la siguió.

En el patio de la casa-gendarmería, aquélla encontró á la esposa del sargento, que le dijo:

—¿Hay algún enfermo en vuestro domicilio?

—¡Oh! No será nada,—repuso la interpelada, sin querer dar más explicaciones.

La esposa del sargento creyó, como el médico, que se trataba del niño.

Al entrar en el alojamiento del gendarme, el Sr. Chipot se detuvo estupefacto.

Junto al lecho donde Miguel Legrain se hallaba acostado, y sobre una silla, estaba el uniforme ensangrentado.

Miguel se llevó un dedo á los labios mientras su mujer cerraba la puerta.

—Pero, desgraciado, ¿qué os ha sucedido?—preguntó el médico.

—Doctor,—dijo el gendarme,—vais á decirme, ante todo, si es ó no peligrosa mi herida... Luego os contaré lo que ha pasado.

Y descubrió el pecho.

El Sr. Chipot reconoció con brevedad la herida.

—La bala ha dado la vuelta sobre las costillas y la herida no es mortal, ni siquiera peligrosa,—dijo.—Dentro de tres semanas podréis levantarlos; pero habéis perdido mucha sangre,

y si no hubieseis tomado la precaución de tapar constantemente la herida con nieve, hubierais sucumbido por efecto de la hemorragia. ¿Ha sido el autor algún cazador furtivo? Tal vez ese miserable Martín la Anguila?

—¡Chist! —dijo Miguel Legrain.—He prometido callarme.

—¿A quién?

—Al niño que me ha salvado.

—Y ¿quién es ese niño?

—¿No lo adivináis? El hijo del asesino.

Y Miguel Legrain refirió el drama del bosque.

El doctor le estrechó la mano.

—Sois un hombre honrado,—dijo,—y guardaré vuestro secreto. Pero es preciso hacer desaparecer esa sangre y ser muy circunspecto para con el sargento, que no dejará de venir á veros.

El Sr. Chipot colocó su primer apósito sobre la herida, mientras la esposa de Legrain lavaba las manchas de sangre del uniforme.

Luego aquél manifestó que al día siguiente, á eso de las doce, volvería para proceder á la extracción de la bala.

La sangre había cesado de correr, las ropas de la cama no estaban manchadas, y Miguel Legrain se había tapado con ellas hasta la barba, cuando entró el sargento.

El viejo soldado se detuvo junto á la puerta con aire de sospecha.

—Conque ¿estás enfermo, camarada? —dijo.

—He cogido las fiebres esta noche,—contestó Legrain.

—¿No has cogido nada más que eso?

—Me parece que es bastante.

—¡Ah! —exclamó el sargento.

Y se sentó.

Luego, mirando fijamente á Miguel, añadió:

—Y ¿qué dice el Sr. Chipot?

—Que tengo cama para algunos días.

—¡Es lástima! Porque sería muy conveniente que estuviésemos todos útiles.

—¿Por qué?

—Porque creo que esta noche se ha cometido un crimen.

Miguel permaneció impasible.

—Un leñador, el padre Charrier, ha venido á buscarme esta mañana. He ido con él y hemos encontrado en el bosque un gran charco de sangre; luego, huellas de pasos que se dirigían á una choza, y en ésta sangre también. Allí se había encendido fuego, y después, fuera de la choza, otros pasos que continuaban hasta la tierra cultivada.

—Y ¿qué más? —preguntó Miguel.

—Allí las huellas se dirigían al camino vecinal, donde se confundían con tantas otras que no pudimos poner en claro nada más.

—Es bastante extraordinario eso que me contáis,—dijo Legrain.

(Se continuará)

=ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA=

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.=NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establishimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA